

Asesinato en el Sentier

Cara Black

Traducción de Olga Usoz Chaparro



Libros publicados de Cara Black

AIMÉE LEDUC

1. Asesinato en Montmartre
2. Asesinato en Paris
3. Asesinato en Belleville
4. Asesinato en el Sentier

Próximamente:

5. *Murder in the Bastille*

Título original: *Murder in the Sentier*

Primera edición

© Cara Black, 2002, 2009

Ilustración de portada: © Opalworks

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-671-1 Depósito legal: B-33473-2011

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 10

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas», C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Dedicado a los auténticos Romain, Nina, mi padre, y a todos los fantasmas del pasado y del presente.

Me gustaría expresar mi agradecimiento a numerosas personas: Jean Satzer; Dot Edwards; Grace Loh, quien siempre me ha apoyado, *merci*;¹ James N. Frey; el grupo de los martes; Mark Haddix; AIA; la doctora Terri Haddix, por su paciencia y sentido del humor; Isabelle y Marion; Tim Fewell y Joe Scannell del cuerpo de bomberos de San Francisco; Mark Baenziger y Mark Miller de la patrulla cibernética. Y en París: Anne-François, por su generosidad y su espíritu; Pierre-Olivier, un verdadero *titi* del Sentier; Ele; Martine; Jean-Jacques Cabioch y Stéphanie Paquets, *agents de recherches privées*; Pierre Ottavioli, antiguo *commissaire*, junto con la *Préfecture*; la oficial Cathy Elité y el comandante Michel Bruno, del *Commissariat Central du 12^{ème} Arrondissement*, David, Hervé, Elise, Donna y Earl Evleth por la visita a Fresnes; Bertrand; Linda Allen por su apoyo; Melanie Fleishman por su ánimo; un profundo agradecimiento a Laura Hruska; a mi hijo, que me lo ha permitido; y siempre, a Jun.

¹ N. de la t.: Todas las palabras que están en otro idioma figuran así en el texto original.

«Todo capitalista tiene un terrorista en la familia.»
—Anarquista entrevistado por Jean-Paul Sartre
en el periódico *Libération*.

París
Finales de julio de 1994

Sábado por la tarde

Aimée Leduc abrió la gran ventana con vistas al Sena de su apartamento, el cual lindaba con el muelle bordeado de árboles, e inhaló el aroma de los limeros en flor. A pesar de la humedad, se sentía feliz de estar en casa.

Sabía que había llegado la hora de olvidarse del pasado, lo difícil era cómo hacerlo.

Se dejó caer en el sofá de estilo Luis XV, se alborotó su cabello, que llevaba de punta y cogió el ordenador portátil. Era el momento de concentrarse en los contratos de seguridad informática de la agencia de detectives Leduc Detective. Se acercaba el pago de la renta, al igual que el de otras facturas.

De repente, sonó el teléfono.

—*Allô?* —contestó irritada.

—¿Es usted Aimée Leduc? —preguntó una voz de mujer.

—¿Quién es?

Se hizo un silencio.

—¿Es la hija de Jean-Claude y Sydney Leduc?

A Aimée se le cayó el teléfono de la mano, pues llevaba años sin que nadie se dirigiera a ella de esa forma. Entonces se recuperó y volvió a ponerse el auricular en el oído.

—¿Estaba buscando información acerca de su padre, verdad? —preguntó la mujer con un marcado acento alemán.

¿Habrían logrado sus pesquisas dar con la persona indicada... por fin?

—¿Lo conocía?

Hubo otro largo silencio, y un atisbo de esperanza recorrió el pecho de Aimée. Durante dicho silencio, oyó el motor de un escúter que pasaba por el muelle.

—*Nein*, conocía a su madre.

¿*A mi madre?*, pensó Aimée.

—¿A Sydney Leduc?

—Tenía otro nombre —continuó diciendo—. Pero me habló de usted.

La última vez que Aimée había visto a su madre, llevaba puesto un antiguo kimono de seda mientras calentaba leche en el hornillo. Su larga melena, enrollada con un lápiz, le caía por debajo del cuello. La lluvia salpicaba las ventanas del patio, las cuales estaban empañadas por el calor. En la radio de la cocina se oía un tema de la película *Elvira Madigan*, el concierto para piano de Mozart.

—No olvides ponerte el impermeable —le había dicho su madre, antes de soltar por lo bajo «Mierda» cuando la leche hirvió y se derramó.

Esas fueron las últimas palabras que Aimée oyó decir a su madre cuando tenía ocho años. Ese mismo día, su madre salió del apartamento, mientras Aimée estaba en la escuela, y nunca regresó.

—¿Sabe dónde está mi madre?

—Quizás debiéramos quedar para charlar —sugirió la voz.

—Sí, claro —dijo Aimée.

La duda la asaltó. ¿Podría ser esta mujer una lameculos de Internet, de las que buscan en los anuncios personales para dar falsas esperanzas a personas inocentes? ¿Alguien con una idea de la diversión bastante retorcida?

—Perdone mi cautela —dijo Aimée—, pero primero necesito saber...

—¿Si voy en serio? —preguntó la voz, interrumpiéndola—. Pasé un tiempo con su madre. Usted tiene una marca de nacimiento con forma de pez en el muslo izquierdo, ¿no es así?

De manera instintiva, Aimée se llevó la mano al muslo, era cierto.

—¿Cuándo podríamos vernos?

—¿Podría ir a su casa?

Aimée permaneció en silencio, recelosa.

—Podríamos quedar en una cafetería...

La voz volvió a interrumpirla.

—Me marcho esta noche de París. Vive en el número 7, en quai d'Anjou de la isla Saint Louis, ¿no es así? En un momento estoy allí.

—Dígame primero cómo conoció a mi madre.

De fondo se oyó cómo se cerraba de golpe la puerta de un coche.

—Éramos compañeras de celda.

¿Compañeras de celda? ¿Su madre en prisión? Su padre nunca le había vuelto a hablar de su madre después de que se marchara, ni tampoco sus abuelos, y en ese momento su curiosidad se vio mezclada con una sensación de miedo.

Dirigió su mirada al escritorio. La luz roja del contestador automático parpadeaba, por estar lleno de mensajes. Pulsó el botón de «play» y el primer mensaje fue de René, su compañero de la agencia Leduc Detective.

—¡Parece que va a funcionar! —gritó él—. ¡Estoy a punto de imprimir nuestro contrato de sistemas de seguridad con Media 9! Tengo que convencerles de que nos paguen un anticipo de nuestros honorarios.

¡Por fin! Su sensación de alivio se vio turbada por el sonido del timbre.

Miles Davis, su cachorro de bichón frisé, gruñó cuando Aimée abrió la puerta. La mujer alta y huesuda que se encontraba en la entrada la miraba. Su melena morena, a la altura de los hombros, estaba salpicada de cabellos grises, e iba vestida con una chaqueta y unos pantalones de sport marrones. Tenía una apariencia anodina; sin embargo, sus zuecos daneses proporcionaban una pista ambigua: o tenía los pies delicados o se trataba de una artista.

—¿Es usted Aimée Leduc? —Los ojos de la mujer, separados y de color gris, la estudiaron.

—Sí.

—*Ja*, el parecido es evidente.

—¿Quién es usted? —le preguntó Aimée, con un nudo en la garganta.

—Jutta Hald —dijo, al tiempo que se subía el bolso que le resbalaba por el hombro—. Deme cinco minutos y luego ya decidirá si creerme o no.

Aimée lo dudó un momento, antes de mostrarle el vestíbulo e invitarla a entrar al antiguo comedor con *boiserie*.

—¿Se marcha a alguna parte? —le preguntó Jutta Hald, mientras señalaba el equipaje que se encontraba esparcido por el suelo.

—¿Cómo ha dicho que había conocido a mi madre? —le preguntó Aimée, mientras le hacía señas para que tomara asiento.

Jutta Hald se dejó caer en el sofá. En el exterior, puntitos de luz se reflejaban desde las ventanas en la orilla de enfrente y el calor seguía cayendo como una húmeda manta sobre el murmullo del Sena.

—En la prisión de Fresnes, yo era la prisionera número 6509 —dijo ella—. Compartimos celda en 1976 y 1977.

Aimée agarró a Miles Davis con fuerza.

—¿Qué había hecho?

—Había cometido altos crímenes contra el Estado. Terrorismo.

—Terrorismo... —El corazón le dio un vuelco.

—¿No va a invitarme a un café o a tomar algo de beber? —preguntó Jutta Hald, mientras recorría con la mirada el apartamento. Despedía un ligero olor avinagrado.

—Pero eso fue hace años —dijo Aimée. Sus sospechas luchaban contra el deseo de obtener información acerca de su madre—. Quizás deba ir al grano.

La mujer apretó los labios, antes de abrir un bolso de cuero marrón que, por su aspecto, parecía una harapienta reliquia de los años setenta.

—Usted tiene treinta y pocos años, ¿no es así?

—Por ahí, sí —contestó Aimée—. Mire, necesito tener alguna prueba de que realmente conoció a mi madre y de que es cierto lo que dice.

—Ella escribía muchas cosas —dijo Jutta Hald, mientras sacaba un sobre—. El funcionario de prisiones lo confiscó durante un régimen de aislamiento. Échele un vistazo. —A continuación colocó el sobre encima de la mesa de mármol y con patas a modo de garras, antes de sacar un paquete de cigarrillos turcos sin filtro y encenderse uno.

A Aimée se le puso el vello de punta, mientras alargaba su mano para coger el sobre.

—¿Cómo consiguió esto? —preguntó Aimée.

—No sabe mucho de cárceles, ¿verdad? —contestó Jutta Hald, mientras daba una calada.

El amarillento y arrugado sobre con el membrete «Prisión de Fresnes» estampado parecía brillar bajo la luz del mediodía. Aimée lo cogió, tratando de controlar el temblor de sus manos. ¿Y si la madre que la había abandonado había sido realmente una terrorista convicta? Su corazón latía con fuerza. ¿Y si eso no era cierto?

Aimée esperaba encontrarse un sobre de cierto peso con respuestas, motivos y excusas, pero curiosamente le pareció ligero mientras lo mantenía suspendido en el aire, bajo los rayos del sol.

Durante un momento, se le apareció la imagen del rostro de su madre. Sus labios de color rojo encendido y los ojos arrugados a causa de la risa. La calidez de sus largas manos y el ligero aroma de los lirios del valle (*muguets*) adherido a su ropa.

No quería abrir el sobre, deseaba que su madre continuara suspendida en el aire, a caballo entre la realidad y su fantasía de niña pequeña.

Lentamente, lo fue abriendo.

En su interior se encontraba la que una vez fuera una brillante hoja, arrancada de una revista de moda, desgastada y arrugada, y comenzó a desplegarla con cuidado.

En un lado, aparecía un anuncio de una lavadora y, en el otro, una madre que, con un suéter por encima de los hombros con las mangas anudadas por delante, paseaba de la mano de una niña en el jardín del Palais Royal. La leyenda decía: «¡Arpège para la mujer activa, para todos los momentos de su vida!».

Debajo de dicha leyenda, aparecía escrito en bolígrafo: «Al igual que a Amy y a nosotros... a ella le encantaba ese cajón de arena».

Debajo de esa frase, Aimée vio unas habilidosas viñetas de un ratón regordete con largos bigotes que bordeaban la parte inferior de la página.

Una daga le atravesó el corazón. ¡Su Emil, su ratón de peluche! El harapiento y pequeño *doudou* al que, durante años, se abrazaba para dormir todas las noches. ¿Qué otra persona podía saber eso sino su madre?

Aimée vació el sobre, pero no había nada más. Entonces volvió a mirarlo, y el nombre de B. de Chambly escrito a lápiz podía verse en la esquina inferior derecha.

—¿Qué es esto?

—El nombre de su madre —contestó Jutta Hald.

—¿Y a qué corresponde la B.?

—Se me ha olvidado —dijo la mujer.

No solo su forma de hablar, sino todo en ella parecía poco natural, forzado.

—Hábleme de mi madre —dijo Aimée, antes de tirar del cachorro para acercárselo.

—Me trasladaron de prisión, pero luego me enteré de que la habían puesto en libertad.

—¿Y qué ocurrió después de que la dejaran en libertad?

—Las pistas conducen hacia usted. —Jutta Hald cruzó sus larguiruchas piernas.

—¿Las pistas?

La exconvicta volvió a mirar a su alrededor, analizando los descoloridos murales del siglo XVIII que cubrían los techos de aproximadamente seis metros de altura.

—¿Cómo mantiene limpio este lugar? —No esperó una respuesta, sino que pasó la mano por la mesa—: No limpia.

Aparte de ser una mujer maleducada, había acudido allí por algún motivo, pero Aimée no sabía cuál era. ¿No tendría que ser al revés? ¿No se suponía que era ella quien debería proporcionarle información a Aimée?

—Lleva viviendo aquí mucho tiempo, ¿no es así?

A Aimée no le gustaban sus modales ni nada en ella.

—En lugar de proporcionarme información —dijo Aimée— parece que quiere algo, madame Hald. ¿De qué se trata?

El pálido rostro de la mujer esbozó una enorme y desconcertante sonrisa; entonces se humedeció los dedos, apretó con ellos el cigarro y se guardó la colilla en el bolsillo.

—Llevo años sin que nadie me llame madame Hald. —Jutta Hald movió la cabeza, sin abandonar la sonrisa.

Por un instante, Aimée creyó que parecía humana.

—Hábleme de ella —repitió Aimée.

—Ahora mismo ando algo escasa de dinero.

—Quizás sencillamente se haya encontrado este pedazo de papel o haya oído algunas historias...

—Fue puesta en libertad en 1977; debe de haber vuelto aquí o si no se habrá ido al cementerio.

Por entonces, Aimée estaba en el *lycée*. ¡No, era una estudiante de intercambio en Nueva York! Aimée se agarró al borde de la mesa y respiró profundamente. Esa mujer hablaba en clave.

—¿De qué está hablando?

Jutta Hald bajó la mirada y Aimée se preguntó si estaría calculando el precio de la moqueta.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Aimée.

—Ha visto la prueba —dijo la mujer—. Cincuenta mil francos.

¡Cincuenta mil francos! ¡Eso es lo que pagaba por seis meses de alquiler del despacho!

—¿Y qué me dará a cambio?

—Tengo más cosas —dijo Jutta—. Sus cosas.

—¿Como por ejemplo su foto? ¿O sabe de algún lugar en el que pueda encontrarla? —preguntó Aimée, con la esperanza de no mostrar lo desesperada que se sentía.

—Dibujos —dijo Jutta—. Y una tobillera y una agenda.

—¿La agenda de mi madre?

—Contiene numerosas direcciones extranjeras —dijo la mujer, mientras respiraba profundamente—. Ay, el aire libre tal y como lo recordaba. Me parece tan dulce después de veinte años.

—Pero yo no dispongo de ese dinero.

En teoría sí lo tenía, pero los activos de la agencia Leduc Detective equivalían a un hinchado archivo de cuentas sin cobrar que René estaba intentando recaudar, pero había tenido problemas con los clientes corporativos más importantes, quienes tardaban meses en pagar sus deudas.

—Estoy segura de que, si quiere, podrá reunirlo —dijo Jutta Hald, mientras anotaba algo en su cuaderno y lo cerraba de golpe—. He venido directamente de la prisión solo para verla. —Miró por las puertas acristaladas que recorrían la pared desde el suelo hasta el techo y, a continuación, cogió el bolso y volvió a echar un vistazo alrededor de la habitación.

—¿Sabe una cosa? —añadió—, si quitara el polvo y limpiara un poco esta casa mejoraría bastante.

Aimée se mordió los labios y no dijo nada.

—Supongo que no le interesa, así que me marchó.

Aimée permaneció dubitativa.

—*Non...* —No quería que la mujer se fuera y sintió la necesidad de suplicarle que se quedara para preguntarle qué le había contado su madre acerca de ella.

Jutta Hald paseó la mirada por el apartamento, y sus largos dedos comenzaron a pellizcar y a jugar con el asa de su bolso de cuero, algo que hizo que Aimée se sintiera incómoda.

—Piénselo —dijo Jutta Hald—. ¿Resulta factible que al regresar su madre a su apartamento... dejara algo?

¿No se lo habría dicho su padre? ¿Sería posible que su madre hubiera regresado para volver a marcharse sin querer ver a su hija?

—Esto debería convencerla —dijo Jutta Hald, al mismo tiempo que sacaba una pequeña libreta de su bolso. Entonces Aimée vio una portada azul descolorida en la que se podía leer un título escrito con muy buena caligrafía: «Historias de la vida de Emil: un ratón de verdad en el Louvre».

El corazón le dio un vuelco.

A Aimée se le partió el alma, y esas lejanas tardes le vinieron a la memoria; tardes que había pasado junto a su madre inventando la historia

de Emil, anotando los alimentos que comía, los juegos a los que jugaba y fingiendo que dormía en una caja de cerillas.

—Échele un vistazo —dijo Jutta Hald, colocando bruscamente la libreta en las húmedas palmas de Aimée.

A la chica le temblaban las manos mientras agarraba la anticuada portada. Con miedo a que se le cayera, se detuvo, respiró profundamente y entonces abrió la libreta lentamente.

En la primera página se podía leer: «Dedicado a Amy».

—¿Cómo ha conseguido esto?

—No me haga preguntas.

Durante un momento, Aimée volvió a ser la niña que, de puntillas, le tiraba a su madre de la camisa para ver lo que había dibujado, siempre fuera de su alcance.

Con el índice y el pulgar, pasó con cautela la primera página, la cual decía: «Capítulo uno: De cómo Emil vino a nacer en el trono del rey Enrique».

—Ya ha visto la prueba —dijo Jutta Hald—. Admítalo, ella me debe mi parte.

—¿Parte?... ¿A qué se refiere?

La alemana hizo una mueca y, para sorpresa de Aimée, le arrebató la libreta.

—Espere, por favor —suplicó Aimée—. Conseguiré el dinero, por favor, sea justa.

—La vida no es justa... y luego encima te mueres —dijo Jutta Hald—. Trate de recordar, ¿le envió su madre regalos en alguna ocasión? ¿Cajitas o llaves... quizás dibujos?

—Si lo hizo —Aimée se detuvo con tristeza—, yo nunca los vi. —Sabía que su padre los habría destruido, al igual que hizo con todo lo que tuviera algo que ver con su madre.

Jutta se frotó con suavidad el ligero brillo del sudor de su frente con un pañuelo.

—Son las pastillas —explicó—. Son horribles, hacen que siempre tenga ganas de mear. —Negó con la cabeza—. ¿Dónde está el cuarto de baño?

Aimée se lo mostró, pero Jutta tardó mucho en volver a aparecer.

—Hábleme de mi madre —le pidió Aimée una vez más—. De sus actividades terroristas.

—Habla como si estuviera dispuesta a negociar, *ja*? Podemos compartir.

—*D'accord* —concedió Aimée. *Dejemos que Jutta Hald piense que se sale con la suya.*

—Ella era un correo —explicó Jutta Hald.

—¿Un correo?

—Ese es el término educado. Una mula del narcotráfico se ajusta mejor.

—¿Mi madre estaba relacionada con las drogas? —Aimée trató de controlar su sorpresa—. ¿Desde dónde y para quién?

—Sobre todo desde Marruecos —contestó Jutta, antes de encogerse de hombros—. Tenía algún tipo de contacto con el hachís. Pero la conocí antes de que nos enviaran a prisión.

—¿Cómo la conoció?

—Por entonces, todos formábamos parte de una organización poco rígida —explicó la mujer—. Corrían rumores de que su grupo traficaba con armas, montaba pisos francos e imprentas para la banda terrorista Haader-Rofmein.

Aimée se apoyó en la pared, era como si Jutta Hald le hubiera asestado un golpe. A lo largo de los años, se había imaginado varias situaciones, pero nunca una madre conchabada con los conocidos radicales de los años setenta de Haader-Rofmein, los cuales secuestraban a personas, colocaban bombas en prisiones y atracaban bancos.

¿Estarían las actividades terroristas de su madre conectadas con la bomba que mató a su padre? Aunque eso había ocurrido mucho tiempo después, las manos le temblaban.

—Esto tiene que ver con mi padre, ¿no es cierto? Así es como me ha encontrado.

—Ya ha hecho bastantes preguntas. —La voz de Jutta Hald se fue apagando—. No parece estar interesada en comprar la agenda. —Una fugaz expresión de remordimiento se dejó ver en el rostro de la mujer, entonces bajó la mirada, sintiéndose incapaz de mirar a Aimée a los ojos.

—Un día, después de salir de la escuela, me encontré una nota de mi madre pegada en la puerta en la que me decía que me quedara con mi vecina. —Le contó Aimée—. Y eso es lo último que supe de ella. Si la agenda me va a ayudar a dar con mi madre, conseguiré el dinero, pero necesito algo de tiempo.

—Tiene hasta esta noche —le dijo la mujer—. Después, me habré ido.

—Pero...

—Abandono el país —dijo Jutta Hald, al tiempo que consultaba su reloj, entonces se levantó y se dirigió al vestíbulo—. Luego me pondré en contacto con usted. ¿Tiene teléfono móvil?

Aimée le proporcionó el número, y la mujer se marchó dando un portazo.

Aimée suspiró. Su cuenta bancaria tenía menos de una cuarta parte de lo que Jutta Hald le pedía, y la agencia Leduc Detective tenía aún menos.

Entonces, se dirigió a toda prisa a las puertas acristaladas, las abrió de golpe y se asomó por encima de la barandilla metálica, pero no había nadie en el muelle que tenía enfrente.

Más arriba de la calle, apareció Jutta Hald desde debajo de un saliente, caminando a paso ligero. Aimée la llamó, pero el constante ruido de fondo de la bocina de una furgoneta amortiguó sus gritos. Al final del muelle, la mujer se detuvo, se dio la vuelta, levantó su mirada hacia Aimée, le dirigió una leve sonrisa y desapareció de su vista.

Aimée se puso su chaqueta vaquera. Se moría por un cigarro, se hurgó en los bolsillos para ver si tenía algún chicle Nicorette, pero lo único que encontró fue un manual de codificación de *software* y un envase tamaño viaje de Citron Vert. La semana anterior había dejado de fumar, por enésima vez.

El anhelo de ver a su madre, ese deseo insaciable latente durante años, había vuelto. Aun en el caso de que estuviera muerta, deseaba saber dónde había sido enterrada. Era un deseo constante y persistente, como una piedrecilla en el zapato.

En la desgastada cartera de cuero de Vuitton solo había cincuenta francos, lo suficiente para pagar un taxi hasta el despacho del amigo de René, Michel, a quien pediría un préstamo.

Encontró un taxi en pont Marie y le gorroneó un Gauloise sin filtro al taxista. A medida que recorrían el muelle a toda velocidad, inhaló el intenso y leñoso tabaco, disfrutando del fuerte mazazo.

Michel tenía un problema de liquidez diferente al de la mayoría de las personas: él tenía demasiada. Los patrocinadores de su firma de alta costura eran empresarios cibernéticos del Sentier, distrito al que la prensa había apodado «Siliconsentier». Sin embargo, René y ella desconfiaban de la nueva economía y de las incipientes empresas de *software*, por lo que se limitaban a la seguridad corporativa.

El espacio se había abaratado en el Sentier, centro neurálgico del sector de la confección al por mayor y de la prostitución. En todo el distrito apenas existían zonas verdes. Seis árboles en la place du Caire, un frondoso platanero en la plaza Bidault y varios resistentes árboles en la place Sainte-Foy constituían las excepciones más notables.

El taxista la dejó en la atestada rue Saint Denis, la ruta medieval hacia las tumbas reales. El tráfico se había detenido con un gran chirrido de frenos. El ruido del motor calado de un camión de diesel y el humo de su tubo de escape invadían la angosta calle.

Los ruinosos *hôtels particuliers*, que una vez fueran morada de la marquesa de Pompadour, de Josefina Bonaparte y de madame du Barry, se habían convertido en almacenes de tejidos. Las fulanas conservaban sus alquileres de renta baja en las antiguas y tradicionales zonas frecuentadas por Irma la Dulce. Sin embargo, eso era precisamente lo que había atraído a las nuevas empresas. *La decadencia urbana ha cobrado un nuevo significado*, pensó Aimée.

Una densa calima impregnaba la tarde de finales de verano, iluminada por el sol que seguía brillando. Encontró el despacho de Michel en la rue du Sentier, entre Paris Hydro, una tienda de artículos de fontanería, y Tissus Arnaud, un establecimiento de tejidos. Un agradable fresquito emanaba de la piedra caliza. En el interior del *hôtel particulier* del siglo XVII, situado enfrente de la antigua residencia de Mozart, Aimée se frotó la piel de gallina de sus brazos.

El suelo despedía un olor a serrín y a moho.

Unas paredes con manchas de humedad sostenían un techo alto, y la pintura estaba descascarillada en el grande y tenebroso vestíbulo.

La gran puerta estaba entreabierta y, al mirar a través de ella, vio caros monitores de ordenador de última generación en improvisadas repisas. Apoyadas en la ventana, había cajas de cartón apiladas con la etiqueta *tissus en gros* y los restos de antiguas máquinas de coser industriales para punzar orificios en el cuero se encontraban junto a oxidados percheros metálicos.

Michel Mamou se encontraba en las alturas intentando llegar a la tubería de gas de la pared. Se mantenía en equilibrio sobre un caballete de serrar colocado a horcajadas sobre una mesa con tres patas y un banco, y casi se da en la cabeza con la vieja lámpara que colgaba del techo.

—*Ça va*, Michel? —preguntó Aimée.

—Cuando consiga tapar el conducto, seré feliz —dijo con una sonrisa.

—Michel, necesito que me hagas un favor.

Las gafas de montura negra debajo de su gorra de lana echada hacia abajo no ocultaban sus ojos rosáceos ni sus blanquecinas pestañas.

A menudo, presumía de ser el único albino judío de París, y quizás ese fuera el motivo por el que su familia le había dado vía libre, en lugar de insistir en que trabajara en el negocio de prendas de ropa al por mayor.

Él y el socio de Aimée, René, un genio de la informática con enanismo, habían formado una pareja nefasta en la Sorbona, el albino y el enano o «los hermanos raros», como algunos los llamaban.

—¿Qué necesitas?

Antes de que pudiera contestar, se apoyó en el caballete de serrar.

—Detenme si ya te he contado este —dijo él, esbozando una sonrisa pícaro—. *Écoute*, aquí en el Sentier, un mayorista paga los estudios de su hijo. Primero, el chico invierte tres años en Derecho, luego estudia Empresariales durante otros tres años en la prestigiosa escuela de Hautes Études Commerciales y, a continuación, obtiene un máster en Administración de Empresas en Harvard. Más tarde, decide estudiar japonés, pero su padre le dice: «Mira, hijo mío, te he pagado todos estos años de estudios, pero es voluntad de Dios que al final elijas tu carrera: ya sea ropa para hombre o para mujer».

Michel se golpeó los muslos y comenzó a reírse a carcajadas. Entonces Aimée le devolvió una leve sonrisa, al tiempo que comprobaba los puertos de la terminal de un ordenador cercano.

—¡Exactamente igual que mi tío Nessim! —dijo Michel—. Es demasiado tacaño para arreglar este lugar, pero me permite utilizarlo. Yo diseño en la planta de arriba. Creen que van a hacer dinero conmigo y, si mis diseños no logran venderse, su inteligente hijo dice que pueden declarar el inmueble para deducir impuestos, ¡como una pérdida del valor de la propiedad!

Michel había quedado en un buen lugar en el *Concours de Haute Couture*, el prestigioso concurso de moda que organizaba el Ministerio de Cultura. Su talento no había pasado desapercibido, pero había rechazado una oferta de una firma de moda a fin de ser su propio jefe.

—El ministerio va a patrocinar nuestro desfile de moda en el Palais Royal —contó él—. Mi tío va a hacerse cargo del dinero, pero necesito que tú y René me ayudéis con el sistema informático.

—Michel, dudo que haya corriente para las conexiones de fibra óptica y de los cables —dijo Aimée, señalando la polvorienta caja de fusibles.

—*Pas grave* —dijo él—. Con la Bourse cerca y la agencia de noticias Reuters en el *hôtel particulier* del otro lado de la calle, disponemos de mucha potencia.

Sí, ¿y qué pasa con las ratas que roen los cables?, pensó Aimée.

—Michel, a propósito del favor...

—Yo lo denomino *couture contre couture*, costura al revés —dijo él—. Las ayudantes patinadoras, con los ordenadores portátiles amarrados al pecho con una correa, acompañan a las modelos hasta los clientes y toman notas de los pedidos y las tallas. Lo hacemos todo de una vez.

Así que ese era el motivo por el que necesitaba los ordenadores.

—Michel, necesito que me prestes cincuenta mil francos.

Pero le estaba hablando a los cuartos traseros cubiertos de tela vaquera de Michel, quien estaba de rodillas buscando una fuente de energía.

Ella se agachó y le tiró del brazo.

—Necesito un préstamo personal. Te lo devolveré.

Michel agitó su pálido brazo.

—De acuerdo, pero será mejor que lo canalicemos a través de la empresa.

—¿Qué quieres decir?

—Que la compañía de mi tío nos financia.

—Pensé que tus amigos de Siliconsentier te ayudaban.

—Mi tío me hizo una oferta mejor. —Él esbozó una sonrisa burlona—. Podríamos utilizar vuestra experiencia.

Un timbre de alarma sonó en la cabeza de Aimée. El Sentier era conocido por sus acuerdos pagados al contado en negro, sin facturas, y con unos pequeños sobornos aquí y allá. *Voilà!* Sin impuestos. ¿Resultaba inteligente para la agencia Leduc Detective involucrarse en un proyecto basado en un dinero poco fiable? ¿Tenían alguna posibilidad de elegir?

—Permíteme que lo discuta con René —dijo ella—. Pero estoy en apuros, Michel, necesito cincuenta mil francos ahora mismo.

—*Tiens*, ven arriba —dijo Michel. Él había gateado hasta el fondo de la habitación, donde un aplique de metal con filigranas colgaba de un cable pelado por encima de él.

Ella subió detrás de él las amplias escaleras de mármol, con profundos surcos en el centro. La barandilla serpenteaba, enrollándose cada vez más a medida que subían, como si fuera una serpiente a punto de atacar.

En el descansillo de baldosas negras y blancas había varias bicicletas apoyadas en la ornamentada cancela de hierro forjado, en la que pámpanos de vid se entrelazaban con racimos de uvas.

Sonó el teléfono móvil de Aimée.

—¿Está ya preparada para invitarme a tomar algo? —dijo Jutta Hald con un áspero tono de voz.

A Aimée le dio un vuelco el corazón, todavía no tenía el dinero.

—París está plagado de cafeterías, Jutta —dijo ella—. Es probable que ahora mismo tenga una enfrente. Estoy tratando de reunir el dinero.

De fondo, Aimée oyó el ruido de una sirena.

—Hay algo que debe saber acerca de su madre... —El resto de las palabras de Jutta Hald fueron amortiguadas por el estruendo de las sirenas.

—¿Qué debería saber? —gritó Aimée cuando el ruido cesó.

—Nos vemos en la tour de Jean-Sans-Peur en veinte minutos. —Eso fue todo lo que pudo oír.

—¿Sabe dónde está mi madre?

Se hizo un silencio, y Aimée oyó cómo Jutta Hald respiraba profundamente.

—En veinte minutos, y traiga el dinero —dijo Jutta Hald.

—Pero tengo que saber... —comenzó a decir Aimée.

Jutta Hald ya había colgado.

¡Esta era la primera oportunidad en años de saber algo de su madre! A pesar de sus recelos, decidió hablar con René y, agarrando con fuerza el cheque de Michel con valor de cincuenta mil francos, se colgó la mochila del hombro.

En la angosta calle de fuera, sintió cómo la invadía el anhelo. Durante años, en lo más profundo de su alma, había temido que su madre estuviera muerta; sin embargo, no podía ignorar el atisbo de esperanza que Jutta Hald le ofrecía, a un alto precio.

Cobró el cheque en el Banque Nationale de París que había en la esquina. Cuando la dobló para entrar en Montorgueil, la acera de baldosas estaba bordeada de *boucherías* exclusivas, algo que le traía más recuerdos de su madre, a quien imaginaba con un lapicero detrás de la oreja. Ella estaba siempre dibujando, hacía garabatos en cualquier cosa: servilletas de papel de *brasseries*, sobres, libros de tarifas de contadores de gas. Todo lo había quemado su padre, a excepción de la caja de cartón de la cadena Eric-Frac de su bicicleta, que estaba decorada con garabatos de su madre.

Aimée había dejado de utilizarla, ante la insistencia de su padre, después de que le quitaran las ruedecillas traseras para principiantes.

Aimée pasó por una zapatería y una pequeña *parfumerie*, antes de llegar a la torre del siglo xv que lindaba con la que una vez formara parte de la antigua muralla de París. Los habitantes medievales solían arrojar basura por encima de los muros. Después de que la población se duplicara, el siguiente monarca construyó una nueva muralla, y los desperdicios con siglos de antigüedad fueron pavimentados. El suelo iba siendo cada vez más elevado, lo que explica las cuestas y las sinuosas calles del Sentier.

La torre, un estrecho triángulo de cuatro plantas, construido en piedra de color caramelo y con un tejado en forma de cúpula, había sido parcialmente restaurada. La recordaba de un viaje de estudios que había hecho cuando estaba en primaria. Algún duque o marqués había estado escondido allí; eran tantos que los confundía.

La puerta de rejas de hierro se desarmó al abrirla. Enfrente de ella había un frondoso platanero en el patio de piedra cercado, protegido de la bulliciosa calle. Las sombras de las hojas adornaban el empedrado y el silencio de media tarde invadía la atmósfera. A su derecha, una *école maternelle* en forma de ele daba a la torre.

No había escolares, ni tampoco estaba Jutta Hald, solo nubes que amenazaban tormenta y una ráfaga de aire caliente.

Según el cartel, las visitas a la torre se habían suspendido hasta que estuviera restaurada. «Bienvenidos a la única torre feudal fortificada que ha sobrevivido en París», decía la inscripción. «Aquí, Juan sin Miedo, el duque de Borgoña, construyó un refugio tras asesinar a Luis de Orleáns en la guerra de los Cien Años.»

Debajo del árbol había herramientas, equipamiento para arrojar chorros de arena y una pequeña hormigonera, e imaginó que la jornada de trabajo había concluido.

Aimée maldijo por lo bajo cuando uno de sus zapatos se atascó entre las piedras; lo giró a ambos lados y el tacón de su sandalia Prada, que encontró en un mercadillo, salió rozado y cubierto de polvo. Entonces lo restregó encima del *décrottoir* que estaba clavado en las piedras. Las calles plagadas de barro habían sido una parte integrante de la vida medieval.

En el interior de la torre, los rayos de luz se filtraban por las ventanas y puertas. Había numerosas ventanas, algo extraño para ser una

estructura medieval construida como defensa y enclavada en la antigua muralla fortificada. A su derecha, había un montón de fragmentos de barras de refuerzo.

Jutta continuaba sin aparecer, por lo que comenzó a subir las escaleras de caracol.

La piedra despedía un aire frío. Se frotó los brazos, alzó la vista y un sinuoso conjunto de bóvedas delicadamente talladas, con un diseño de ramas entrelazadas con hojas de roble y espino, y parras con lúpulos, se extendía por encima de ella. La escalera circular y las contrahuellas abiertas se encontraban aisladas en el aire. Pájaros de un color negro y brillante se posaban en la torrecilla y su agudo graznido le perforaba los oídos a Aimée.

¿Estaría Jutta Hald jugando con ella, tratando de confundirla? Apparentemente, ella pensaba que Aimée estaba ocultando algo, que tenía algún secreto.

Se oyeron pisadas en el patio de abajo, y Aimée miró por la ventana que iluminaba lo que una vez fuera una pequeña capilla. Cuervos tallados con dos figuras sobre una franja de crucería sostenían el antiguo emblema ducal.

Incluso entonces, ya estaban por allí los malditos pájaros.

Aimée arrastró los pies por el empedrado irregular. Debajo, en el patio, había un grupo de turistas.

A medida que iba bajando, oía cómo revolvían grava en el exterior, e imaginó que era probable que los obreros hubieran comenzado otro turno.

Se introdujo en la luz de color de queso Camembert claro, cavilando... temerosa de que lo que le había contado Jutta Hald acerca de su madre fuera cierto, y con temor de que tuviera algún tipo de conexión con la muerte de su padre.

Pero ¿dónde estaba Jutta?

En el exterior, un trío de turistas de habla portuguesa deambulaba y consultaba mapas al fondo del patio. Un obrero con un mono azul paleaba arena en la parte de atrás y, cuando levantó la pala del montón de arena, vio a Jutta Hald sentada, acurrucada sobre un banco verde cercano a la pared, y de espaldas a Aimée.

Qué extraño, pensó esta. Antes no estaba allí.

—Ça va... Jutta? —le preguntó, mientras se sentaba a su lado.

La mujer, apoyada en el mugriento muro de piedra, no dijo nada. Olía a cabello asoleado con un toque del singular tufillo avinagrado que despedía.

Aimée se aproximó para verla de cerca, y los ojos de Jutta Hald estaban abiertos como platos.

—¿No me oye?

No hubo respuesta. ¿Qué le pasaba?

Aimée la agarró del brazo y comenzó a agitarla, pero la cabeza de la mujer se desplomó, y reveló en el muro de piedra un cartílago rosáceo y una sustancia rojiza coagulada que se deslizaban. En la parte posterior del cráneo podía verse el resto del cerebro, la parte que no había volado por los aires.

Aimée se echó hacia atrás, incapaz de hablar. Le costaba respirar. La sangre que emanaba de un orificio negro se filtraba por el enmarañado cabello de Jutta Hald.

Le habían pegado un tiro a corta distancia, hacía escasamente un minuto.

Aimée levantó la mirada y oyó una carcajada de los turistas, el chirrido de la puerta de hierro del patio y el graznido de los cuervos posados en las torretas.

Nadie se había percatado.

Aimée no había oído nada, ni tampoco ninguno de los demás allí presentes.

¿Seguiría allí el asesino?

Las manos de Jutta Hald estaban vacías, ya no llevaba el bolso ni la libreta que le había mostrado horas antes.

Aimée vio el frasco de pastillas, que se supone que Jutta iba a abrir, encima de sus rodillas; lo cogió con cuidado y se lo guardó en la mochila.

—*Veja, veja!* —gritó uno de los turistas. Entonces una mujer dio un chillido y señaló a Aimée y a Jutta Hald.

El obrero... ¿dónde estaba? Aimée miró a su alrededor, pero había desaparecido; entonces volvió a oír gritos en portugués.

A toda velocidad, se dirigió hacia uno de los turistas, una mujer de cabello negro y crespo que retrocedió unos pasos.

—¿Adónde se ha ido el obrero?

Fue recibida por unos ojos abiertos como platos a causa del terror. Aimée utilizó una pala para hacerse entender mediante mímica.

Entonces recibió una ráfaga verbal en portugués, pero solo comprendió la palabra *polícia*. Ella trataba de no mirar al desplomado cadáver de Jutta Hald, mientras marcaba en su teléfono móvil el número uno siete del *Service d'Assistance Médicale Urgente*, el SAMU.

La mujer portuguesa se aproximó a la puerta y Aimée la siguió, examinando la rue Etienne Marcel, que estaba enfrente.

—Quiero informar de un asesinato —dijo ella por teléfono—. El que ha disparado podría estar haciéndose pasar por un turista o por un obrero.

—¿Desde dónde llama y quién es la víctima? —preguntó el operador.

A veinte metros de distancia, la mujer portuguesa se había encontrado con un *flic* y estaba señalando a Aimée.

—Tour de Jean-Sans-Peur en la rue Etienne Marcel —dijo ella—. Se trata de una prisionera de Fresnes que había salido en libertad, Jutta Hald.

El *flic* comenzó a caminar en su dirección.

—¿Cómo se llama? —preguntó el operador.

El *flic* aceleró el paso.

—Digamos que soy una ciudadana responsable —dijo ella, antes de colgar y doblar la esquina corriendo.

Sábado por la tarde

En el interior de un taller mecánico encharcado de aceite, a las afueras de París, Stefan se ajustó su audífono para escuchar la radio. «Antigua radical de los años setenta» había captado su atención, a medida que se inclinaba sobre un Mercedes SL 320. «Jutta Hald, que había salido de prisión hoy después de un período de veinte años en la cárcel, ha aparecido asesinada...»

Stefan sintió un escalofrío. Dejó caer la llave inglesa y se apoyó en el capó. Trató de decir algo, pero no le salían las palabras.

El informe radiofónico continuó. Un inspector, a quien entrevistaba el periodista, contaba dónde había tenido lugar el homicidio y la huida de la escena por parte de una mujer.

El sonido se desvaneció y solo se oía un zumbido. Stefan toqueteó su audífono. *Scheisse...* nada, solo el leve zumbido. Sus problemas de oído eran el pago por una vida delictiva.

Y entonces, el boletín informativo terminó.

Stefan dirigió su mirada con nerviosismo al mecánico que estaba trabajando al otro lado del taller, pero el hombre del mono grasiento no había levantado la cabeza del capó y continuaba trabajando.

Jutta Hald asesinada... ¡el mismo día de salir de la cárcel! ¿Quién quedaba que pudiera haber dado con ella?

Stefan se irguió y recordó esos días, allá por el año 1972.

Visualizó los rostros helados de terror, cuando su banda Ejército Rojo irrumpía en los bancos gritando: «Arriba las manos, os vamos a despojar de vuestros triunfos capitalistas... ¡Larga vida al proletariado!».

Dejando a un lado la ideología, el poder lo embriagaba.

Siempre había odiado las reuniones de todas las noches, en las que redactaban *communiqués* y debatían manifiestos acerca de la resistencia armada organizada y la difusión de la lucha de clases.

No obstante, el atraco a bancos le había parecido divertido, pero todo se fue al traste cuando decidieron aspirar a lo más alto, cuando se convirtieron en personas con mayores ansias de poder, algo que resultó ser un error garrafal.

Así que, durante veinte años Stefan había permanecido en la clandestinidad. Su grupo Ejército Rojo se dispersó: Jutta estaba en la cárcel, Marcus e Ingrid recibieron un tiro en la cabeza, Ulrike se había ahorcado con las sábanas en su celda, Beate y Jules habían desaparecido y lo último que supo de ellos es que se habían convertido en mercenarios en Angola. Y ahora Jutta estaba muerta.

Entonces bajó su mirada a sus encallecidos dedos manchados de aceite, había sido una suerte que fuera bueno reparando motores.

—*Alors!* —dijo Anton, el propietario, de pecho fuerte y ancho, al tiempo que le agitaba una llave de cubo delante del rostro—. Vuelve a la Tierra, te espera un carburador.

Stefan asintió con la cabeza y se inclinó sobre el reluciente motor.

Anton seguía contando con él, a pesar de sus «ataques de soñador», como él los llamaba, porque si había algo que Stefan conocía bien eran los motores Mercedes.

Podía reparar un vástago desechado y convertirlo en algo tan suave como la piel de un cordero, o conseguir que una chirriante caja de cambios rugiera con normalidad en un periquete. Si Anton sospechaba de los asuntos turbios del pasado del mecánico, hacía caso omiso, pues estaba más interesado en el margen de un cuarenta por ciento de ganancias que obtenía de la instalación, por parte de Stefan, de las piezas fabricadas en Bulgaria en las que aparecía estampado: «Fabricado en Alemania».

—Se ajusta como la media de una mujer —dijo Anton en voz alta. Le gritaba a Stefan como si fuera imbécil y no solo parcialmente sordo.

Stefan se deslizó frente al inyector de combustible, mientras la llave de cubo emitía un chirriante ruido a medida que la traqueteaba de lado a lado. De repente, la pistola de aire comprimido de su compañero comenzó a lanzar tuercas a los neumáticos del enorme camión Mercedes situado enfrente.

Parecían balas.

Stefan dio un salto, siempre lo hacía. Sencillamente, no podía evitarlo.

—Esta pequeña damisela podría utilizar un poco de aceite, y entonces *voilà* —dijo Anton—. Ya sabes cómo hacer la factura, ¿verdad, Pascal? —preguntó, entrecerrando los ojos.

Stefan asintió con la cabeza.

Odiaba el nombre de Pascal, pero debía conformarse. Llevaba veinte años apechugando, con sus gafas, su cabello teñido y su audífono. Había perdido gran parte de su audición en una explosión. En ese momento, su cabello se volvió gris de forma natural, y ahora ya no necesitaba retocarse las patillas ni su bigote todos los meses.

En el exterior del taller mecánico, la persiana metálica de una *boulangerie* se estaba cerrando, tira a tira. En la plaza, Stefan vio cómo parpadeaba la luz ámbar del semáforo en la penumbra. Todo el mundo se iba a su casa, o a casa de alguien.

La mente de Stefan comenzó a rebobinar, mientras recogía sus herramientas.

Después de cometer el robo y el secuestro, la banda se había reagrupado en su seguro piso franco, en el bosque. Aunque resultó no ser tan seguro, algún gusano había desvelado su escondite.

Stefan estaba en el garaje, atrás, reparando el coche, cuando percibió el humo, los gritos y el estruendo. Los *flics* estaban bombardeando la vieja granja. Salió corriendo del garaje en llamas y continuó campo a través, mientras los ruidosos disparos rasgaban los troncos de los alisos que iba dejando atrás. Corrió sin parar durante kilómetros y, cuando salió del bosque, tenía el cuerpo plagado de arañazos y rasguños.

Al salir de la maleza, jadeaba y se sentía agotado; entonces cruzó la autopista, huyendo de las sirenas. Los neumáticos de un oxidado Opel 127 estaban torcidos, y la rueda delantera derecha atascada en la cuneta. Stefan ayudó al viejo cazador con chaqueta de cuadros que hacía patinar las ruedas para salir del barro. Lo ayudó a poner el coche en un terreno seco, y entonces le pidió que lo llevara. Satisfecho por su ayuda, el cazador aceptó de buen grado, e incluso compartió con él su pan integral y su *wurst*.

Entonces, se comenzó a oír en la radio el boletín informativo concerniente al tiroteo. Stefan nunca olvidará el rostro del cazador, cuando este cayó en la cuenta de su identidad. El hombre trató de ocultar su reacción, pero sus temblorosas manos lo delataban. En ese momento se

dirigió a un puesto de emergencia de la autopista, y salió del vehículo alegando que no se encontraba bien.

Pero por el espejo retrovisor Stefan vio cómo el viejo corría a trompicones en dirección a la autopista, agitando los brazos frenéticamente para pedir ayuda. Invaso por el miedo y la confusión, cayó de cabeza entre el tráfico que venía en dirección contraria. Rápidas furgonetas y coches, que pasaban zumbando, golpearon su cuerpo como una bola de fútbol. Los vehículos trataban de frenar, chirriando y virando bruscamente. Stefan agarró el volante del Opel, pisó el acelerador y se alejó. La última imagen que recordaba era la del cuerpo del hombre tirado en la carretera como una muñeca de trapo, a medida que los coches se apiñaban a su alrededor.

Cerca de Fráncfort, Stefan salió a toda velocidad de la autopista y se dirigió a una pedregosa zona de maleza, pero no sin antes haber cogido la cartera del anciano, haber quitado raspando los números de serie del chasis y haber enterrado las matrículas debajo de un pino. Entonces se dirigió andando a la estación de tren.

La policía pensaría que había escapado pero él continuaría huyendo durante el resto de su vida, aunque su vinculación con la banda terrorista Haader-Rofmeim hubiera sido simplemente por casualidad.

No. Afróntalo. Se había unido a la banda para impresionar a la chica de larga melena que pasaba completamente de él, y entonaba la consigna «Muerte a las tendencias capitalistas» cuando la invitaba a una cerveza. Habría hecho cualquier cosa por ella, y aquel fatídico día, acabó conduciendo el coche que emplearían para la huida.

Stefan apartó sus recuerdos a un lado, mientras se dirigía a su casa.

Hacía varios años, había comenzado una terapia en Poissy, una localidad cercana a su pueblo. ¿Por qué no? Todo el mundo tenía secretos, y los suyos le pesaban mucho, sobre todo el del viejo cazador, quien no pudo tener un funeral en condiciones, además del de Beate y Ulrike. Continuaba deseando haberlos ayudado, en lugar de haber huido.

En 1989, estuvo a punto de confesar, porque corrían rumores de una posible amnistía, pero entonces cayó el Muro y aparecieron los archivos de la Stasi, unos repugnantes archivos de Alemania Oriental que estaba claro que serían definitivos para declararlo culpable, así que, se mantuvo en silencio.

En la actualidad, no había la más mínima esperanza de indulto ni de amnistía por parte de la presidencia. Llegó a la conclusión de que Jutta estaba buscando el resto del alijo de Laborde que habían robado: los bonos y los cuadros, entre otras cosas. Ella sabía dónde se ocultaba parte de dicho alijo y él tendría que encontrarlo antes de que lo hiciera su asesino.